



José Antonio Pascual

Académico y catedrático de Historia de la lengua española

Entrevistado por Lluís Agustí



Usted ha sido durante cuatro años Director del Instituto Cervantes de París, uno de los mayores centros de la red, después de esta experiencia nos podría decir, ¿de qué sirve una red de centros culturales en el extranjero?

Ante todo para hacernos ver, para mostrar sencillamente que existimos. Después para mostrar cómo somos: no suele caerse en la cuenta de que a quienes trabajamos en el Instituto Cervantes en un país extranjero se nos observa con cuidado como a cualquier persona que es de fuera. Servimos, en cierto modo, para que quienes nos conocen confirmen los estereotipos que se han creado sobre lo español o empiecen a dudar de si esa idea no será falsa: no ha dejado de sorprenderme que en un país tan cercano y con el que tantas relaciones tenemos, como es Francia, fuera tan difícil mostrar que también somos puntuales, por ejemplo, que tenemos tan poca afición al pathos como nuestros vecinos del norte, que teníamos problemas parecidos a los de ellos, buscábamos soluciones semejantes y solíamos movernos en una misma valoración de las cosas... Desde luego, como ellos, habíamos dejado de disfrutar de azotarnos en público.

Por eso, una parte de nuestra acción cultural tiene que ver con el propio comportamiento de todos los servicios que existen en nuestros institutos: y no es ésta una acción pequeña. No es poco que nos hagamos visibles, cuando se trata de Europa, Estados Unidos o Japón y nos hacemos visibles por otros medios: las actividades culturales, el servicio de bibliotecas, las clases... Comprendo que en otros lugares nuestra acción puede ser más importante: supongo que en Egipto o en Filipinas nuestros centros pueden cooperar además decisivamente en la formación de hispanistas.

¿Cree que el Instituto Cervantes cumple estas necesidades? ¿Cómo definiría la situación actual del Instituto Cervantes?

Como ve, no le hablo de objetivos del Cervantes, sino de una actuación en que, por distintos medios y de distintas formas, vamos presentando nuestro país en el seno de otros países y, en algunos de éstos, podemos hasta implicarnos en la formación de quienes enseñan nuestra lengua y nuestra cultura. Cada país permite actuaciones

diferentes: ¿a quién se le va a ocurrir en Francia, con varias universidades en las que existe la licenciatura en Español, intentar una actuación fuerte en el ámbito de formación de profesores? Y, sin embargo, en ese país, cuna del hispanismo, resulta factible una actuación muy seria en el ámbito de las bibliotecas. Puede parecer sorprendente, pero unos fondos bien seleccionados a lo largo de muchos años, junto a una exquisita atención en lo documental, han creado un espacio en donde el hispanista se ve seriamente apoyado en su investigación.

Hay diversos modelos de bibliotecas que coexisten actualmente en la red del Cervantes, ¿en qué estado se hallan estas bibliotecas?

Claro que no es ésta a la que acabo de referirme una biblioteca propia del Cervantes. Y es más, es que no se debería hablar de cómo debería ser una biblioteca de un Cervantes, pues dependerá de qué podamos ofrecer en cada país y de que aquella que ofrezcamos tenga que ver con lo que cada país necesite. En la Biblioteca de París, a la que acabo de referirme, está, por ejemplo, el Cancionero castellano del siglo XV de Brian Dutton: siendo visitada asiduamente la biblioteca, según he dicho, por los hispanistas, es razonable que se adquiriera este texto que no está en ninguna otra biblioteca de París. Mi experiencia con los bibliotecarios —y en estos años he logrado conocer a varios— no me hace pensar que sean personas decididas a fagocitar las otras áreas de los Cervantes; por el contrario, suelen ser personas comedidas, sumamente cuidadosas con el servicio que pueden dar a los usuarios. A este respecto, lo que he notado es que el personal es escaso y que hay que poner una pica en Flandes para convencer a los gestores de que se necesita incrementarlo, si se pretende dar ese servicio mínimo, pero de calidad, que requieren nuestros centros. A este respecto convendría que los responsables de la acción cultural de los Cervantes cayesen en la cuenta de que una de las claves más importantes de esa acción es la biblioteca y que, en torno a ella, se gestan las actividades más profundas, de más duración, las menos costosas... Las que no son de relumbrón y dan la espalda a ese horror que consiste en creer que lo que importa de nuestro trabajo no es que exista, sino que aparezca en la

prensa (con lo que, incidentalmente, se crea un vacío de contenidos y un exceso de ruido publicitario que un día puede desinflarse sin dejar rastro). Pero convendría hacer llegar a esos responsables a los que me he referido esa página admirable en que Michel de Certeau (en su libro *L'écriture de l'histoire*: es la pág. 89) se refiere a las bibliotecas de ayer que servían para el placer de la erudición, a la vez que para la investigación. Si en el pasado la ciencia se desarrollaba en torno a una biblioteca, en el presente, las posibilidades de la informática, hacen que las bibliotecas se constituyan en una ventana abierta a aquella información que necesita un investigador. Me pregunto si cuando se habla de bibliotecas desde eso que antes se llamaba la sede central del Cervantes se piensa en esa labor de documentación que muchas de nuestras bibliotecas están realizando, con la misma competencia y con tanta profesionalidad como la que se desarrolla en las bibliotecas universitarias francesas. Por lo tanto, no sólo se trata de locales, de metros cuadrados, de fondos, sino de personas. A este respecto me parece evidente que faltan personas en las bibliotecas de nuestros centros. Lo cual no pretende ser una crítica, sino precisamente un elogio a los bibliotecarios, que han realizado un trabajo que hace que se haya convertido en una necesidad ampliar el personal...

¿Cómo debería ser una biblioteca cervantina de nueva creación?

Cuando hablamos de una biblioteca de nueva creación, hemos de referirnos a mínimos, no al objetivo final: tener las novelas que se publiquen y los vídeos que se puedan prestar a la gente, no pertenece a lo que yo vería como deseable, sino como imprescindible. Por eso me preocupa que se hable de cómo ha de ser una biblioteca de nueva creación, no vaya a ser que se confunda aquello que no puede faltar con aquello que es deseable. Ese mínimo ha de servir para que una persona culta pueda seguir las actividades más importantes desarrolladas en España, para que los alumnos encuentren un apoyo a su trabajo y los profesores al suyo. Pero definidos así esos objetivos mínimos, se me aceptará que se diferenciarían en muy poco de lo que pudiera tenerse en una buena academia

de idiomas. Se me aceptará que el Cervantes no es una academia de idiomas, por buena que pudiéramos considerarla.

¿Deberían hacerse excepciones según las culturas, lenguas y países de acogida?

Precisamente, por todo lo anterior, creo que lo excepcional es en este caso la regla. En cuanto en cada país la biblioteca ha de adaptarse a las necesidades, a las posibilidades y a una clara rentabilidad, que no se mide con criterios económicos, sino con otros criterios que resultan, a la larga, economicistas también...

Hay centros en los que no se cuenta con biblioteca, ¿puede un centro cultural funcionar sin biblioteca?

No, sencillamente no.

Para terminar, cree necesario algún cambio en la política bibliotecaria del Instituto Cervantes.

Creo que dejándose la sede de paternalismos y aprovechando que el viento está a favor y con la existencia de buenísimos bibliotecarios. No debemos ser tímidos. Lo ideal sería que se conocieran los Cervantes por el servicio de documentación que dan. Esto es

